



Apego: estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital

Félix López

To cite this article: Félix López (2006) Apego: estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital, *Infancia y Aprendizaje*, 29:1, 9-23

To link to this article: <http://dx.doi.org/10.1174/021037006775380830>



Published online: 23 Jan 2014.



Submit your article to this journal [↗](#)



Article views: 220



View related articles [↗](#)



Citing articles: 5 View citing articles [↗](#)

Apego: estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital

FÉLIX LÓPEZ

Universidad de Salamanca



Resumen

El artículo es una revisión teórica en la que se aborda, en primer lugar, el concepto de apego, sus componentes, tipos, funciones, consecuencias y se plantean un conjunto de preguntas relacionadas con la estabilidad y el cambio a lo largo del ciclo vital, tema central del artículo. Se pasa a continuación a revisar varios asuntos clave necesarios para la discusión posterior sobre la estabilidad y el cambio: en primer lugar, si el apego es un sistema estable único o si se trata de varios sistemas de relación que se manifiestan según la interacción que se tiene con cada persona; su estabilidad a través de diferentes situaciones, su interacción con otros sistemas relacionales de la persona (exploratorio, afiliativo, miedo a extraños, sexual) y el concepto unificador de "internal working model". Por último, la discusión acerca de la estabilidad y el cambio se construye a partir del análisis de los enfoques teóricos que lo han abordado, los datos disponibles en la actualidad y se concluye revisando las evidencias en torno a las causas de la estabilidad y del cambio.

Palabras clave: Apego, vinculación afectiva, ciclo vital, estabilidad y cambio, revisión teórica.

Attachment: Stability and change across the life span

Abstract

This article is a theoretical revision first addressing the concept of attachment, its elements, types, functions and consequences. In this first section it poses several questions concerning stability and change across the life cycle, the main focus of this article. It then examines several key issues needed in order to further discuss stability and change. That is, firstly, whether or not attachment is a single stable system or rather a set of several relationship systems which come about depending on the relationship the individual has with different people; its stability throughout different situations, its interaction with the individual's other relationship systems (exploratory, affiliative, fear of strangers, sexual) and the unifying concept of the "internal working model". Lastly, stability and change is discussed by analysing its different theoretical approaches, data currently available, and to conclude there is also a revision of the grounds for stability and change.

Keywords: Attachment, emotional bonding, life cycle, stability and change, theoretical revision.

Correspondencia con el autor: Universidad de Salamanca. Facultad de Psicología. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Avda. de la Merced, 109-131. 37005 Salamanca. flopez@usal.es
Original recibido: Noviembre, 2004. *Aceptado:* Julio, 2005.

CONCEPTOS Y PREGUNTAS

Concepto de apego

El “apego” (*attachment*, Bowlby, 1969, 1973, 1980) es un vínculo afectivo, de naturaleza social, que establece una persona con otra, caracterizado por *conductas* de búsqueda de proximidad, interacción íntima y base de referencia y apoyo en las relaciones con el mundo físico y social. Desde el punto de vista *emocional*, este vínculo, cuando se está seguro de la incondicionalidad de la figura de apego y de la competencia del otro para ayudar, conlleva sentimientos de seguridad, estabilidad y autoestima, facilitando la empatía, la ternura, el consuelo, la comunicación emocional y hasta el amor, entre las dos personas. Desde el punto de vista *mental*, el apego acaba construyendo un conjunto de representaciones sobre la propia figura de apego, sobre sí mismo, la relación y la supuesta imagen que la figura de apego tiene de la persona apegada. Si el vínculo del apego se forma de manera adecuada, el contenido esencial de estas representaciones es la incondicionalidad, la seguridad en que la figura de apego no va a fallar ni a abandonar a la persona apegada, y la eficacia, la creencia en que el otro tiene la capacidad de proteger, cuidar y ayudar.

Este vínculo se forma en el primer año de vida, a través de un largo proceso, y es, por antonomasia, el vínculo entre un niño o niña y sus progenitores/cuidadores, análogo a la impronta en otras especies. Durante la infancia puede establecerse este vínculo con una o varias personas: padres, cuidadores y otros familiares. Pero la posibilidad de nuevos procesos de vinculación a nuevas figuras de apego permanece abierta toda la vida; de hecho, es muy frecuente formar vínculos de apego con la pareja o parejas, algún amigo o amiga que ofrezca cuidados muy satisfactorios y los propios hijos, si las figuras de apego cumplen determinadas condiciones, que veremos más adelante. En la vida adulta, es frecuente que estas relaciones de apego tengan un alto grado de reciprocidad, aunque no necesariamente; mientras que en la infancia, las relaciones entre el menor y las figuras de apego tiene numerosas asimetrías (diferencia de edad, nivel de desarrollo, capacidad de control e interacción, experiencia de relaciones, etcétera).

Cada relación de apego tiene su especificidad, influida por numerosos factores, como la edad de ambos, la interacción entre ambos, la dinámica emocional y las representaciones que tienen cada uno del otro, de uno mismo y de la relación. No puede decirse, por tanto, que las diferentes “díadas” de una relación de apego sean iguales, sino diversas, aunque el estilo de apego de cada persona es transversalmente estable a las diferentes díadas.

Las funciones del apego son muy amplias, pero esencialmente, lo que este vínculo hace es asegurar la supervivencia de la cría (que procura estar próxima), darle seguridad (se sabe protegida), estima (se sabe querida) y posibilidad de intimar (comunicación emocional privilegiada), así como funcionar de base desde la que explora la realidad y a la que acude a refugiarse cuando lo necesita.

Como resultado de las diferentes experiencias de apego, muy especialmente la vivida con las figuras más centrales (puesto que suele haber ciertas jerarquías en las figuras de apego), y de las vividas en la primera infancia, cada persona acaba formando un “patrón” o “estilo” de apego, caracterizado por una forma relativamente estable de “relacionarse, sentir y pensar”, sobre todo en las relaciones que requieren intimidad. Este estilo de apego acaba conformando una manera de actuar, sentir y pensar transversal a todas las relaciones de apego, a los nuevos procesos de apego, a las relaciones de amistad, a las relaciones amorosas y a otros muchos aspectos de la vida. De hecho, el estilo de apego se ha podido asociar o usar como predictor de múltiples aspectos de la conducta humana, especialmente de la conducta social (López, Erchebarria, Fuentes y Ortiz, 1999).

Estos estilos de apego pueden observarse a finales del primer año de vida (Ainsworth, Blehar, Walters y Wall, 1978) y, posteriormente, a lo largo de toda la infancia y la vida adulta (Fraley y Shaver, 1998; Hazan y Shaver, 1987; Simpson y Rhodes, 1998). Aunque no todos los autores coinciden en las tipologías que presentan, después de unos cuarenta años de estudios hay grandes coincidencias entre las distintas clasificaciones, especialmente a lo largo de las dimensiones grado de confianza/desconfianza, seguridad/ansiedad/, intimidad/evitación de la intimidad. De hecho, todos los autores han reconocido un estilo de apego seguro, tanto en la infancia, como en la vida adulta, frente a otros, inseguros. Lo que caracteriza al estilo de apego seguro (Feeney, Noller y Hanrahan, 1994) es la confianza en la otra persona –no me va a fallar o abandonar, es eficaz, etcétera–, el deseo y atracción por mantener una relación íntima con ella, el no estar especialmente preocupado por cómo va y pueda ir la relación, porque se está seguro de ella, el no necesitar continua aprobación, porque se sabe estimada y querida, y la alta valoración de los vínculos afectivos, frente a otros posibles valores de la vida. Las diferencias mayores están en los subtipos de inseguridad descritos por los distintos autores, subtipos que dependen de las carencias que se tienen en uno u otro aspecto de los señalados: las personas “ansiosas ambivalentes” sufren de desconfianza, necesidad de aprobación y preocupación por las relaciones; mientras las personas “evitativas” sufren de desconfianza y miedo a la intimidad, a la vez que conceden a los afectos una importancia secundaria.

Sobre esta clasificación básica, las aportaciones más significativas son la distinción de dos formas de apego evitativo propuestos por Bartholomew y Horowitz (1991) (estilos “miedoso” y “huidizo”) y la posible existencia de un tipo de apego desorganizado (Brennan, Clark y Shaver, 1998; Main y Solomon, 1990).

Finalmente, si nos centramos en los aspectos más nucleares, el estilo de apego puede verse como el resultado a lo largo de dos continuos cuyos extremos negativos son la ansiedad y el miedo a la intimidad (Brennan *et al.*, 1998), caracterizándose el estilo de apego seguro por no sufrir de ninguna de estas carencias, los “evitativos”, por miedo a la intimidad, los “ansiosos”, por estar preocupados ansiosamente por las relaciones y los desorganizados/desorientados por ambas cosas.

¿Estabilidad o cambio?

Pero quedan muchas cuestiones pendientes, entre las que destaca el problema que vamos a tratar en este artículo. En términos generales puede ser planteado así:

¿Qué grado de estabilidad y cambio tiene el vínculo del apego? Pregunta que desglosamos en otras muchas:

– ¿Cuándo se forma el apego y a partir de cuándo puede decirse que permanece relativamente estable? ¿Puede hablarse de periodos críticos, sensibles o simplemente privilegiados?

– ¿Podemos hablar de estabilidad a corto plazo y también a largo plazo?

– ¿Es el estilo de apego estable transversalmente a las distintas díadas? ¿O puede hablarse de estilos de apegos diferentes en cada relación?

– ¿Es el apego de menores a padres igual, similar o diferente al apego entre adultos o de los padres hacia los hijos?

– ¿Puede el estilo de apego predecir, influir decisivamente en otras relaciones, como la amistad, el enamoramiento, las relaciones amorosas o en otras características de la personalidad a lo largo del ciclo vital?

– ¿Pueden las personas llegar a cambiar de estilos de apego a lo largo del ciclo vital o se trata de adaptaciones a cada tipo de interacción? Y si pudieran cambiar, ¿hasta cuándo, cuánto y cómo?

– ¿Debe explicarse la posible estabilidad por las características estables del propio apego, por la posible estabilidad del sistema de cuidados e interacciones que ofrecen las figuras de apego o por ambos factores? ¿Puede incluso pensarse que la supuesta estabilidad del apego es una consecuencia de otras características que permanecen estables como la herencia, el temperamento o la personalidad, siendo éstas las que mediatizarían esa posible estabilidad?

– ¿Puede medirse el apego con instrumentos que realmente midan lo mismo en las diferentes épocas de la vida, de forma que podamos asegurar que estamos hablando de los mismo?

Es seguro que no vamos a poder responder satisfactoriamente a todas estas preguntas. Pero plantearlas ya nos parece un claro avance y una manera de superar la ingenuidad y las posibles creencias erróneas.

EL APEGO COMO SISTEMA

Un sistema y varios vínculos

La primera discusión que se plantea es si el apego es un sistema estable único, propio de la persona que se apega a otras, o si se trata de varios sistemas de relación –varios vínculos de naturaleza distinta– según la interacción que se tiene con cada persona.

La respuesta a este dilema, desde la teoría del apego, es clara: se trata de un único sistema, el sistema del apego, que se adapta a cada relación. Son diferentes vínculos, pero el niño, joven o adulto conforma un sistema de apego desde el que se relaciona con cada una de las figuras de apego. La adaptación a cada persona, sin embargo, es muy alta, de forma que las interacciones concretas que se mantienen pueden ser muy distintas. Por ejemplo, un hijo puede relacionarse de forma muy distinta con al madre y con el padre, si ellos interactúan de forma muy diferente, pero finalmente podrán descubrirse constancias en el menor, referidas a varios vínculos y a diferentes situaciones. Cabe esperar, en todo caso, que estas constancias sean mayores, si las figuras de apego son más similares.

Se supone, aunque de esto hablaremos más adelante, que todas estas relaciones tienen un rol en la formación del sistema de apego, siendo mayor el de la figura o figuras centrales y aquellas experiencias que tienen lugar a lo largo de la infancia y adolescencia. El peso, casi exclusivo, concedido a la madre por el propio Bowlby, no parece que esté justificado, ya que el padre, otros familiares, y las cuidadoras infantiles también son muy importantes. Incluso la propia cultura tiene influencias demostradas.

Pero no todos los autores dan por zanjada esta cuestión, apostando decididamente por la existencia de un sistema de apego, a pesar de que los vínculos concretos sean muy distintos. Algunos van tan lejos que cuestionan en la práctica la unidad del sistema apego: “La cuestión de la existencia de una jerarquía en las relaciones de apego puede ser errónea; porque el niño desarrolla vínculos cualitativamente distintos con la madre y con el padre, las bases de la seguridad con las que se relaciona con la madre y el padre pueden ser diferentes... Es razonable esperar que el apego con cada padre prediga cosas distintas en la vida posterior... (Aunque) esta cuestión (concluye este autor) está por estudiar” (Thompson, 1998, p. 64). Encontraremos esta misma idea más adelante, en algunos autores que aseguran que en las relaciones de pareja puede crearse un nuevo apego, propio de la pareja con la que se vive.

Por nuestra parte, aún sin cerrar el debate, creemos, en este caso, que a pesar de las diferencias entre los distintos vínculos, finalmente el menor “acaba siendo de una determinada manera”, teniendo un estilo de apego, desde el que se adapta a cada relación. Si lleváramos al extremo las dudas propuestas por Thompson y otros autores, no se podrían explicar las constancias de la conducta del menor en diferentes situaciones y con diferentes personas. Para servirnos de un ejemplo, una persona tímida puede comportante de forma “no tímida” con un amigo o con varias personas concretas, pero no, por eso, deja de ser tímida. Creemos que desde la adaptabilidad del apego se explican mejor estas diferencias que bajo el supuesto de que bajo diferentes vínculos hay diferentes sistemas de apego.

El apego, un sistema a través de diferentes situaciones

¿Es el sistema de apego estable a través de diferentes situaciones o las diferencias en la conducta son tan grandes que no se puede sustentar la existencia de un sistema de apego, con cierto poder regulador de la conducta?

Esta duda también afecta a la propia existencia de este sistema. Es evidente que si la conducta de la persona en diferentes situaciones no es predecible desde el sistema de apego, éste carece de sentido.

La teoría del apego, desde su fundador, dejó claro que el sistema de apego se adapta de tal manera a las situaciones que puede no hacerse visible claramente. Por ejemplo, un niño puede estar jugando y, si no se siente amenazado, no poner de manifiesto conductas de apego; pero ello no quiere decir que no esté apegado y que este sistema no esté influyendo en su conducta de exploración. La conducta depende de la “evaluación”, entre otros factores, que haga el menor, por lo que las manifestaciones de apego serán mucho más probables en situaciones de aflicción, conflicto, separación, etcétera. Las investigaciones sobre el apego, aplicadas a diferentes campos y situaciones, confirman que diferentes estilos (y grados dentro de cada estilo) de apego tienen un amplio poder predictivo de la conducta de los sujetos, tanto en la infancia, como en la vida adulta. Por tanto, tomando al sujeto en un momento evolutivo determinado, no hay duda de que el sistema de apego existe y tiene una presencia/influencia transversal en la vida de la persona, en numerosos campos, especialmente en las conductas sociales en general y, más particularmente, en las conductas sociales que requieren intimidad (López, Gómez, Apodaca, Delgado y Marcos, 1994; Simpson y Rholes, 1998; Thompson, 1998).

Los estilos de apego tienen su origen en la sensibilidad y consistencia de los cuidados que ofrecen los adultos a los menores. Estar disponibles y accesibles, responder a las necesidades de los niños y niñas, ofreciendo respuestas cálidas y empáticas, y ser coherentes y eficaces con la oferta de cuidados que se les ofrece, favorece la seguridad en el apego (López y Cantero, 1999).

Un sistema entre sistemas

El apego no es el único sistema relacional de las personas. En el momento del nacimiento hay varios sistemas activos: el exploratorio (tendencia a interesarse por la realidad), el afiliativo (tendencia a interesarse y afiliarse con las personas de la propia especie, llegando a partir de los tres años a establecer vínculos de amistad) y el sexual (con la fisiología del placer activable desde el momento del nacimiento y con desarrollos sucesivos de tipo anatómico, hormonal, emocional, etcétera). Posteriormente, hacia la mitad del primer año de vida, se forman otros dos sistemas: el de apego y el del miedo a extraños (tendencia a relacionarse con cautela o rechazo con los desconocidos).

El apego, por tanto, es un sistema en interacción compleja con otros sistemas, todos con cierto poder regulador de la conducta y una alta capacidad de adaptación a las diferentes situaciones. Por ejemplo, está muy documentada la relación entre los sistemas exploratorio y el de apego (exploran más y mejor los menores con estilo de apego seguro o, por el contrario, paralizan la exploración y recurren al apoyo de la figura de apego cuando se siente amenazados), sistema afiliativo y sistema de apego (con estilo de apego seguro se tiene más conducta prosocial y mejores amigos), el sistema de apego y el sexual (las personas con estilo de apego seguro tienen mejores relaciones amorosas, etcétera), sistema de apego y miedo a extraños (la presencia de un desconocido aumenta las conductas de apego, la presencia de la figura de apego disminuye el miedo a extraños, etcétera).

Por eso, no puede entenderse que el apego lo explique todo y que sea el único factor importante. Es un sistema entre otros sistemas en interacción y formando parte de una persona regulada por otros muchos factores, como la herencia y las características fisiológicas resultado de la interacción con el ambiente, el temperamento, la personalidad, la cultura, el sexo, los roles, etcétera. Por ello, si hablamos de estabilidad y cambio, debemos hacerlo en el marco de la persona en su globalidad, siendo en buena medida responsables de la estabilidad y del cambio de cada uno de estos factores, la interacción entre todos ellos.

Por poner un solo ejemplo, el temperamento y las características de personalidad dan cierta estabilidad a la persona, como veremos, y, a su vez, condicionan la formación y desarrollo del sistema de apego. En efecto, un niño muy irritable, apático y antisocial influye decisivamente en el tipo de cuidados que le ofrecen los padres y, por tanto, en la formación del apego y en su desarrollo.

Un sistema abierto a nuevas vinculaciones a lo largo de todo el ciclo vital

Las personas pueden establecer nuevos vínculos de apego a lo largo de toda su vida. Por ejemplo, es muy frecuente que se formen vínculos de apego con la pareja sexual y con los hijos, en la vida adulta, incluso en la vejez (López, 1999).

Un sistema que es una estructura de conjunto, un esquema que organiza las relaciones –“internal working model”–

La forma de nombrar, definir y describir el sistema de apego puede ser muy diversa. Respetando la propuesta de Bowlby, por otra parte mantenida por los autores actuales, se trata de un “modelo interno de trabajo”, similar a un sistema de control homeostático al servicio de un objetivo: mantener la proximidad sensorial (o, cuando van creciendo, la certeza de que se puede recuperar a la figura de apego cuando se necesite) y tener la posibilidad de buscar apoyo, disfrutar de la relación íntima, etcétera. Para ello se hacen ajustes (aproximaciones, llamadas, etcétera) cada vez que se percibe/valora como necesario.

Este sistema supone (a) una “representación” mental de la relación y de las personas implicadas (de ti y de mí; también de la que tienes tu de mí) que es un conjunto de atribuciones y expectativas, (b) una relación emocional caracterizada por sentimientos positivos, ambivalentes o negativos y, (c) un conjunto de estrategias de conducta. Lo que defiende la teoría del apego es que, como resultado de las diferentes experiencias, ya a finales del primer año de vida, este “modelo interno de trabajo” tiene ciertas características que le dan consistencia a lo largo de las diferentes situaciones y cierta estabilidad en el tiempo, aunque se admite que puede cambiar.

¿QUÉ GRADO DE ESTABILIDAD Y DE CAMBIO?

Dos posturas contrapuestas

La postura más favorable a la idea de estabilidad a través de las situaciones, los diferentes vínculos y a través del tiempo, ha sido llamada por algunos autores “postura prototípica” (Fralay, 2002). Defiende que el sistema de apego se forma en la infancia y que este “modelo interno de trabajo” es “único” y permanece a través de las situaciones y a lo largo de toda la vida. Entre estos autores hay diferencias, según el énfasis puesto en lo que debe entenderse por infancia (primeros años o, en el otro extremo, incluida la adolescencia) y su disposición para admitir ciertos cambios (muy débiles, en un extremo, o admitir el cambio de estilo de apego, cuando se dan situaciones vitales muy especiales, en el otro extremo). El apego es, para los autores que mantienen posturas más prototípicas (Sroufe, Egeland y Kreutzer, 1990), un “sistema de representaciones, de reglas procedurales sobre el procesamiento de la información y de estrategias de conducta” (Fralay, 2002, p. 126) que se forma en la primera infancia y tiende a mantenerse estable condicionando las relaciones con el entorno. Estos autores, aunque admiten que posteriormente puedan darse otras influencias, afirman que el sistema original permanece esencialmente incambiable, influyendo de forma decisiva en la forma que se viven el resto de experiencias. Es decir, lo que explica la estabilidad posterior no es, si fuera el caso, solo la estabilidad del ambiente –sistema de cuidados que se ofrecen– sino también y, sobre todo, la naturaleza intrínsecamente estable del sistema de apego formado en la primera infancia. Los cambios tenderán a ser parciales y a producirse en relación con representaciones aprendidas de experiencias posteriores, representaciones más lingüísticas y conceptuales, pero que no anulan los aspectos más nucleares del sistema de apego. Dicho con una metáfora, quienes tienen la oportunidad de conocer “el mediterráneo”, jamás se olvidan de él: quienes conocen a una adecuada figura de apego, jamás dejarán de estar influidos por ella. Tal vez por eso, como veremos, sea el estilo apego seguro más estable que los otros estilos (Thompson, 1998).

La postura más “revisionista” defiende que el sistema de apego puede mantenerse o cambiar, que las representaciones, sentimientos y conductas están en continua actividad por lo que son revisadas una y otra vez, hasta el punto de que no tienen por qué mantenerse. Se trata de un sistema flexible que se adapta y modifica cada vez que una experiencia contradice o aporta elementos nuevos. “Los revisionistas no predicen necesariamente que vaya a haber estabilidad en los patrones de apego entre la infancia y la vida adulta, porque los cuidadores o los cuidados del entorno pueden cambiar sustancialmente con el tiempo” (Fraleay, 2002, p. 125). Especial efecto pueden tener algunos sucesos muy importantes, como la pérdida de los padres, enfermedades amenazantes de los padres o los propios menores, los cambios de ciudad, la escolarización, la separación de los padres, etcétera. Esto no quiere decir que los estilos de apego cambien significativamente siempre, porque el individuo tiene también la posibilidad de influir en esos cambios y de resistir en cierto grado a su influencia. Lo importante es que para estos autores el estilo de apego no es “intrínsecamente” estable y que, si se mantiene estable, es gracias a las influencias externas; es decir, si los cuidados que se le ofrecen no cambian de manera significativa (Lewis, 1997). Lo que da estabilidad, si fuera el caso, es la permanencia de las condiciones ambientales, más que la naturaleza del sistema de apego formado en la infancia.

Entre estas dos teorías hay posturas intermedias, más o menos cercanas a una u otra, dependiendo del tiempo que conceden a la formación del sistema de apego (primera infancia, primera y segunda infancia, hasta la adolescencia o durante toda la vida), de las causas a las que atribuyen la estabilidad (más depen-

dientes de la naturaleza del sistema de apego o más externas o ambas a la vez) y de las causas a las que atribuyen el cambio (experiencias vitales muy estresantes o la mera variabilidad de experiencias en la relación de apego).

Los datos con qué contamos y las razones de su discrepancia

Limitaciones de los datos

Las discrepancias anteriores deberían resolverse con datos e inferencias lo más ajustadas posibles a estos datos, pero las investigaciones no son siempre comparables y, con frecuencia, presentan problemas de diferente tipo. Por indicar algunas de las dificultades y limitaciones:

En primer lugar, la imposibilidad de emplear medidas comparables del apego en las diferentes edades. Los instrumentos son distintos y no es seguro que midan exactamente lo mismo. Por otra parte, los investigadores han usado instrumentos que, con alguna frecuencia, son diferentes incluso cuando se trata de medir el apego de personas con la misma edad, lo que aumenta la dificultad para establecer comparaciones. Podemos, por ello, preguntarnos, si con medidas mejores —más válidas, fiables y comparables— podríamos encontrar más estabilidad, por ejemplo.

En segundo lugar, a la dificultad que entrañan los estudios longitudinales, tanto por el tiempo que se requiere, en este caso el mayor curso de la vida posible, como por la mortalidad de la muestra. En relación con estos estudios, otra dificultad añadida es que suelen ofrecernos datos solo de dos momentos evolutivos, no de diferentes momentos a lo largo de un proceso, de forma que pudiéramos tener una visión evolutiva más completa.

En tercer lugar, las muestras seleccionadas se diferencian cada vez más entre sí a medida que avanza la vida y las personas viven acontecimientos muy distintos, por lo que las comparaciones tienen limitaciones dada la falta de homogeneidad de las muestras.

En cuarto lugar, los estudios suelen centrarse en la evaluación de la estabilidad/cambio en el apego; pero raramente estudian la estabilidad/cambio del ambiente, a la vez, con lo que la interpretación de los resultados no es siempre fácil: ¿es estable el apego por su propia naturaleza o lo es porque lo que no cambia es el ambiente? De hecho, los estudios no suelen permitir dar explicaciones razonablemente seguras a los datos. Volveremos sobre este tema.

Los datos

Los estudios son muy diversos. Pero podemos clasificarlos en dos grandes grupos: los referidos a la estabilidad medida en la primera infancia y en algún momento posterior (los más pertinentes para el tema que nos ocupa) y aquellos que miden la estabilidad durante la vida adulta o intentan establecer algún tipo de medida retrospectiva.

Estudios longitudinales, a partir de la infancia

Thompson (1998) revisa once estudios que toman medidas en dos tiempos muy cercanos (12 meses y un máximo de 24 meses) y algunos estudios que han seguido a los menores hasta los 5 ó 10 años. Como era de esperar, dado el corto periodo de tiempo transcurrido, un número importante de menores son clasificados de igual forma, en cuanto a su estilo de apego, en los dos momentos. Pero son también frecuentes los cambios, aunque no podemos saber, con seguridad, si estos cambios de estilo de apego se deben a la naturaleza de las medidas o a cambios reales. El estilo de apego que mantiene más estabilidad es el estilo seguro, lo

que es lógico, al menos por dos razones: por un lado, las madres de los seguros son más estables en su trato y, por otro, los otros estilos de apego, al compartir la característica de ser inseguros, son más inestables entre sí. Pero también se dan algunos cambios de inseguros a seguros. También es reseñable el hecho de que, cuando se tiene también en cuenta el estilo de apego llamado “desorganizado”, la estabilidad entre las clasificaciones empeora, en lugar de mejorar, lo que nos hace pensar nuevamente en el problema de la propia inestabilidad de las medidas.

En relación con los estudios de largo recorrido, Thompson (1998) confirma la estabilidad y peso explicativo del estilo de apego, aunque lo atribuye a la estabilidad del ambiente, más que del propio sistema de apego: “cuando se toman en conjunto todos los estudios, la interacción temprana y la calidad y consistencia subsiguiente de los cuidados parece pronosticar mejor el funcionamiento social de la personalidad posterior que otras variables tomadas por sí solas” (Thompson, 1998, p. 60), optando, como veremos, por la postura de aquellos que creen que el responsable de la estabilidad es el ambiente, más que el propio sistema de apego.

Waters, Merrick, Treboux, Crowell y Albersheim (2000) valoran la estabilidad del apego en 50 jóvenes de 20 años (con la metodología de entrevista de apego a adultos –AAI–), que habían sido evaluados en el primer año de vida en la “Situación extraña”. A pesar de ser instrumentos bien diferentes, como ocurre en otras investigaciones, el 72% de los casos fueron clasificados igual que en el primer año de vida. Especialmente relevante es reseñar que las madres que narraron sucesos muy negativos en su vida –pérdida de un padre, divorcio, enfermedad de un padre o del hijo, problemas psiquiátricos de los padres, abuso sexual por parte de la familia–, se asocia con una mayor probabilidad de cambiar de estilo de apego. En este caso, por tanto, parece probarse tanto la tendencia a la estabilidad como la posibilidad de cambio, especialmente si hay sucesos muy significativos a lo largo de la vida.

Fraley (2002) ha hecho una de las revisiones más consistentes, sirviéndose de un meta-análisis, intentando demostrar cuál de las dos posturas explica mejor los datos. Su valoración se basa en 27 muestras en las que se ha estudiado la estabilidad/cambio en dos tiempos: 12 meses (primera medida) y 2, 4, 6 ó 19 años (segunda medida), sin medidas intermedias. Los coeficientes de estabilidad de estos estudios están entre 0,67, el más alto, curiosamente referido a las comparaciones entre un año y seis años, y 0,27, el más bajo, entre un año y 19 años. Después de un tratamiento más complejo de los datos, aplicando ecuaciones estructurales, concluye este autor que el llamado “modelo prototípico” predice mejor los resultados obtenidos. En efecto, “el modelo prototípico predice que la continuidad entre la seguridad en el primer apego y la seguridad en cualquier punto posterior de la vida podría ser equivalente a una correlación aproximada de 0,39” (Fraley, 2002, p. 135).

En todo caso, lo que parece claro es que hay una cierta estabilidad del sistema de apego, pero, a la vez, son relativamente frecuentes los cambios en los estilos de apego. Estos cambios se dan de forma especialmente clara en los casos en que los menores sufren sucesos que les resultan traumáticos: pérdida de los padres, enfermedad grave de los padres o los menores, abandono, separación traumática de los padres, separación de los padres, abuso sexual por parte de los padres, maltrato, guerras, etcétera (Waters *et al.*, 2000). Pero los cambios pueden darse en varias direcciones, de forma que, en unos casos, hay una pérdida de seguridad (paso de estilo de apego seguro a unas u otras formas de inseguro), mientras, en otros, los cambios se dan entre las diferentes formas de estilos inseguros; por último, puede haber cambios desde la inseguridad a la seguridad. Este último caso se da con frecuencia cuando mejoran de forma sustancial los cuidados, como

puede ocurrir, por ejemplo, en los casos de adopción, especialmente si ésta es temprana.

Estudios con sujetos adultos

Los estudios sobre el estilo de apego de las personas adultas comenzaron en 1987 (Hazan y Shaver, 1987, 1994) y han dado lugar a muchas investigaciones. Estas investigaciones han demostrado la existencia de estilos de apego en la vida adulta, similares a los encontrados en la infancia, que se han podido relacionar con éxito con numerosos aspectos del desarrollo afectivo y social, especialmente con la forma de estar en las relaciones amorosas (Bartholomew y Horowitz, 1991; Bradbury, Fincham, y Beach, 2000; Collins y Feeney, 2000; Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990; Kirkpatrick y Davis, 1994; Levy, Blatt y Shaver, 1998; López *et al.*, 1994; Shaver, Belsky y Brennan, 2000; Simpson y Rholes, 1998). Las personas con estilo de apego seguro, por ejemplo, tienen indudables ventajas para organizarse la vida “solos” —construir con éxito su autonomía—, seducir, tomar la decisión de formar pareja, vivir en pareja, resolver los conflictos de la pareja y elaborar la pérdida de la pareja, si llegara el caso.

Las medidas sobre el apego adulto son hoy numerosas y están bien elaboradas tanto en formato de entrevista, como de cuestionario (Brennan, Clark y Shaver, 1998).

Entre estos estudios y los de la infancia se pueden encontrar numerosas relaciones (básicamente los mismos estilos de apego y en proporciones similares: entre el estilo de apego “recordado” —de forma retrospectiva— y el actual, entre la familia de origen y el propio estilo de apego, etcétera); pero estas relaciones no pueden establecerse con seguridad. Un estudio longitudinal no publicado (Fraleigh, 2002, p. 140) establece una correlación de 0,17 entre el estilo de apego a finales del primer año de vida y el estilo de apego en las relaciones amorosas. La mayor parte de los estudios son retrospectivos (Feeney y Noller, 1990; Kobak y Hazan, 1991; Levy, Blatt y Shaver, 1998; López *et al.*, 1994) estableciendo con éxito una relación entre el estilo de apego actual adulto y el tipo de relación con los padres. Las correlaciones encontradas entre “seguridad en la relación con los padres” y “seguridad en la relación con la pareja” están en torno a 0.30, en varios estudios.

Por nuestra parte (López *et al.*, 1994), hemos encontrado relaciones entre las relaciones de pareja actuales (satisfacción general, satisfacción sexual y satisfacción afectiva), tomadas como variables criterio, con la relación de apego durante los primeros 16 años de vida, tomada como predictor; así como entre esta misma variable histórica y el estilo de apego actual, por un lado, y entre el estilo de apego actual y el grado de satisfacción general, afectiva y sexual en la pareja. Una réplica de esta investigación hecha por nuestros colaboradores (Ortiz y Gómez, 1997) confirma estos resultados.

Pero estas relaciones se dan entre procesos muy alejados en el tiempo, medidos retrospectivamente y no tenemos, por tanto, suficiente seguridad para dar por ciertas estas medidas. La valoración del pasado, como es sabido, está también influida por el presente, de forma que la familia recordada siempre es una reinterpretación de lo que ocurrió hace muchos años.

Desde otro punto de vista, sí se ha probado reiteradamente la estabilidad del apego durante la vida adulta (Baldwin y Fehr, 1995; Scharfe y Bartholomew, 1994; Kirkpatrick y Davis, 1994; Klönen y Bera, 1998), lo que demuestra que el sistema de apego tiene consistencia en el tiempo, al menos una vez formado, durante la vida adulta. Pero también en este caso, algunos autores consideran que puede verse influido e incluso cambiar dependiendo de la interacción que se

mantenga con la pareja. Según algunos autores, no se trataría sólo de una adaptación a la pareja, desde el propio estilo de apego, sino que pueden producirse cambios, como resultado de la propia interacción.

En efecto, algunos autores consideran que la propia interacción puede dar lugar a un tipo de vínculo de apego, que se conoce como *apego marital*. Este apego, propio de la pareja, puede ser distinto del que tenían los dos miembros, antes de convivir juntos (Dickstein, Seifer, Andrade y Schiller, 2001; Crowell, Treboux, y Waters, 2002). Este nuevo sistema conductual entre la pareja, es decir, la forma en que se construye la relación entre una determinada pareja, puede llevar al cambio de los modelos operativos mentales de apego y a desarrollar nuevos estilos de apego, específicos y propios, de la relación actual (Crowell *et al.*, 2002, pp. 683-685).

Crowell *et al.* (2002), en un estudio posterior, han estudiado, tres meses antes de la boda y 18 meses después de haberse casado, la estabilidad del estilo de apego. Los resultados demuestran que no suelen cambiar las personas con estilo de apego seguro y que las personas que más cambian son las que tienen estilo “preocupado” (ansioso), cosa que, como vimos, ocurre también en la infancia. Los sujetos que cambiaron del grupo de apego inseguro fueron un 64%, indicando que habían cambiado de manera de pensar sobre las relaciones. Lo que es aún más significativo, los que cambiaron, con frecuencia, reinterpretaron también su historia de apego en la infancia.

Por tanto, parece claro que, a pesar de las limitaciones de los estudios, el sistema de apego tiene algún grado de estabilidad, durante cortos y medios periodos de tiempo y es probable que también, hasta cierto grado, a lo largo del ciclo vital. Pero no es menos cierto que pueden darse cambios, bien por sucesos traumáticos, bien por relaciones especialmente positivas (por ejemplo en las adopciones y en la formación de nuevas parejas, con una persona de estilo de apego seguro). Por otra parte, es indudable que la formación de nuevos vínculos de apego es posible a lo largo de toda la vida, así como la desaparición de éstos, si las relaciones se tornan muy dramáticas (abandono infantil, por ejemplo) o suponen una ruptura de la relación (por ejemplo, tras una separación), aunque, en este último caso, el apego puede durar durante un tiempo.

Es decir, parece indudable que el apego es un sistema que, por un lado, tiende a permanecer estable reinterpretando las nuevas experiencias de manera flexible y abierta; pero, si estas nuevas experiencias llegan hasta un cierto grado, puede producirse un cambio. También parece claro que el apego seguro es el más estable, mientras el ansioso es el más cambiante.

A qué se debe la estabilidad y los cambios en el apego

¿A qué se debe la estabilidad y a qué se debe el cambio? Los autores se dividen nuevamente en la respuesta, especialmente cuando se trata de explicar la estabilidad. Para unos autores, la estabilidad se debe a la naturaleza del propio sistema de apego y muy especialmente a las primeras experiencias; para otros, la estabilidad se debe a la propia estabilidad de las relaciones que ofrecen los cuidadores.

a.- La estabilidad natural del sistema (Mikulinger, Gillath y Shaver, 2002; Simpson y Rholes, 2002; Sroufe, 1996, 1997; Sroufe *et al.*, 1990, Weiss, 1991): en general, los autores que defienden la postura denominada “prototípica” afirman que la razón de la estabilidad está en el propio sistema de apego que, una vez formado, tiende a mantenerse estable. El apego formado en la primera infancia es conjunto de representaciones –sobre las figuras de apego, la relación y sí mismo–, aprendizajes de estrategias relacionales y sentimientos que le llevan a afrontar las relaciones de una forma determinada y a interpretar lo que sucede

desde su propio estilo de apego. Los cambios, de llegar a darse, se deberían a experiencias muy significativas (traumáticas o positivas) y nunca supondrían, del todo, un olvido o pérdida definitiva del sistema de apego original. Para estos autores no están claros los mecanismos de resistencia a los cambios del sistema de apego, pero algunos aventuran la siguientes:

—El primer sistema de apego es preverbal, siendo más bien un sistema emocional de reacción y estrategias aprendidas que sería difícil de modificar posteriormente. Se trataría de un conocimiento más “procedural” que declarativo, que podría permanecer estable, como “procedural memory”, con cierta independencia de las representaciones posteriores. Los estudios sobre la extinción de los aprendizajes experimentales, también demuestran que aquello que se ha aprendido, aunque sea sometido a un proceso de extinción, puede recuperarse en gran medida a través de un solo refuerzo nuevo, lo que demostraría que “no ha sido olvidado”. Algunas investigaciones sobre los “testimonios” y las “actitudes” también pueden ayudar a entender esta permanencia en la memoria de experiencias tempranas. “Estos descubrimientos dan crédito a la idea de que las primeras representaciones de las experiencias de apego pueden (a) desarrollarse con independencia de los modos más complejos de representación (verbal, declarativo o consciente), (b) continuar teniendo una influencia duradera en las conductas de apego, y (c) permanecer resistentes al cambio frente a la variabilidad del ambiente...” (Fraley, 2002, p. 137).

—En los primeros años preescolares el sistema de apego se enriquece con la elaboración de un conjunto de representaciones, consolidación de estrategias y formas de sentir que acaban generando uno u otro grado de “confianza-desconfianza” en la relación, dando seguridad o inseguridad, sentimientos de estima o rechazo, etcétera. Estas representaciones sobre las figuras de apego, la relación y sí mismo dan estabilidad al sistema, condicionando las relaciones presentes y futuras. Naturalmente, cabe pensar que si esta reelaboración del sistema es coincidente con la anterior, como lógicamente ocurrirá en muchos casos —dado que la mayor parte de las relaciones de apego no cambian en tan corto periodo de tiempo— la estabilidad será mayor; y a la inversa, si hay contradicción, podrían convivir formas de relación en parte contradictorias.

—En los primeros años también se aprende a usar (o no, si las figuras de apego son inadecuadas) el código de comunicación de la intimidad: mirar y ser mirado de forma confiada, tocar y ser tocado, acariciar y ser acariciado, estar próximo, sin espacio interpersonal (close relationships), expresar emociones, entender emociones, compartir emociones (empatía), etcétera, estos primeros años son un momento privilegiado para aprender este código, distinto al formal, que solo se volverá a usar entre amantes. Razón ésta que hemos expuesto nosotros en muchos escritos (López *et al.*, 1999). En efecto, si no se sabe mirar, tocar, acariciar, estar cerca, compartir emociones, etcétera., solo cabe una posibilidad, ser muy afortunado en las relaciones de pareja que se tengan en la vida adulta, para reaprender (con paciencia y éxito no garantizado) lo que es una relación cálida, en la que dos personas se ofrecen “cuidados”.

De esta forma, aprendizajes primigenios, representaciones formadas en la primera infancia y adquisición o no del código de la intimidad, pueden dar lugar a un estilo de apego que condicione las experiencias posteriores y se muestre bastante resistente al cambio, sin por ello llegar a decir que en ningún caso pueda cambiar y, sobre todo, pueda adaptarse y verse muy condicionado por el tipo de interacción que cada persona o relación le ofrece.

b.- La estabilidad de los cuidados ofrecidos. Lamb (1987) y, en general, todos los críticos de la postura antes señalada, consideran que si hay estabilidad, no es tanto por la naturaleza del sistema de apego, sino por la estabilidad de los cuida-

dos que se le ofrecen al menor. De hecho, para estos autores, la cualidad y consistencia de los cuidados parentales durante y después de la infancia tienen mayor influencia en la conducta posterior que las relaciones de apego iniciales (Thompson, 1998, p. 60). Estos autores ponen también más énfasis en la influencia de diferentes figuras de apego como el padre, los cuidadores-educadores y la cultura.

En la misma dirección se sitúan algunos trabajos recientes sobre las relaciones amorosas, al afirmar que no es solo la historia de apego la que influye en dichas relaciones, sino también y muy especialmente la historia del sistema afiliativo —las relaciones con los iguales y muy especialmente la historia de amistades que hayan tenido— y el sistema sexual —experiencias sexuales a lo largo de la vida—. La razón, en este caso, es bien evidente: las relaciones amorosas son entre iguales, recíprocas, voluntarias y sexuadas, aspectos que son distintos de la asimetría, no reciprocidad, no voluntariedad y asexualidad de las relaciones de apego en la primera infancia. Para estos autores la amistad y las relaciones amorosas tienen otras exigencias y características cercanas a la amistad y están muy influidas por la propia historia sexual (Furman, Simon, Shaffer, Bouchev, 2001; Simon, Bouchev y Furman, 1998).

Para resolver esta polémica serían necesarios estudios que tengan en cuenta, a la vez, de forma longitudinal, el sistema de apego, otros sistemas como el afiliativo y el sexual, por un lado, y los cambios o la estabilidad de los cuidados que se ofrecen, por otro.

Por último, algunos autores van más lejos y llegan a plantear otras posibles hipótesis para explicar la estabilidad del apego: la estabilidad de la herencia (la de los hijos y la de los padres) podría condicionar ciertos aspectos que contribuirían a la estabilidad de la personalidad (Watson, Hubbard, y Wiese, 2000) y del sistema de apego, la estabilidad del temperamento —factor que sabemos influye en la interacción entre padres e hijos, por ambos lados— y la estabilidad de determinados rasgos o dimensiones de personalidad que condicionan las formas de interacción social. ¿Son estas posibles variables las que intervienen dando estabilidad a otras, como el propio sistema de apego?

Por nuestra parte, reconociendo que la discusión debe permanecer abierta, consideramos que hay razones para pensar que el sistema de apego, como ocurre, por otra parte, con otros sistemas, tiende a ser estable; pero, a la vez, no negamos que el estilo de apego es muy adaptable y flexible, hasta el punto de que permanece abierto en múltiples sentidos: formar nuevos vínculos de apego, perder vínculos de apego y cambiar, si las experiencias son muy diferentes y significativas, el propio contenido de las representaciones, las estrategias y los sentimientos, es decir, llegar a cambiar el propio estilo de apego.

Las novedades más importantes sobre el apego en los últimos años pueden ser resumidas así: considerar que la formación de nuevos vínculos de apego está abierta toda la vida, que la formación del sistema de apego no se produce únicamente en los primeros años de vida, sino que está sujeta a reelaboraciones continuas, ofrecer un concepto más flexible del estilo de apego, dando por hecho que dentro de cada estilo hay grados diferentes y que, bajo determinadas condiciones, puede llegar a cambiar el estilo de apego, que el apego es un sistema en relación con otros sistemas, también responsables de cómo se resuelven en la vida adulta las relaciones íntimas y sociales, y, por último, que en la formación del apego juegan un rol importante ambos padres, todo el sistema familiar, los cuidadores, ciertas amistades y las parejas amorosas. Todo ello, para un grupo importante de autores, entre los que nos incluimos, sin dejar de reconocer la consistencia y tendencia a la estabilidad del propio sistema de apego.

Referencias

- AINSWORTH, S. M., BLEHAR, M. C., WALTERS, E. & WALL, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the Strange Situation*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- BALDWIN, M. W. & FEHR, B. (1995). On the instability of attachment style ratings. *Personal Relationships*, 2, 247-261.
- BARTHOLOMEW, K. & HOROWITZ, L. (1991). Attachment Styles among young Adults: A Test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 2, 226-244.
- BOWLBY, J. (1969). *Attachment and loss: Vol. 1. Attachment*. Nueva York: Basic Books.
- BOWLBY, J. (1973). *Attachment and loss: Vol. 2. Separation*. Nueva York: Basic Books.
- BOWLBY, J. (1980). *Attachment and loss: Vol. 3. Loss, sadness and depression*. Nueva York: Basic Books.
- BRADBURY, T. H., FINCHAM, F. D. & BEACH, S. R. (2000). Research on the Nature and Determinants of Marital Satisfaction: A Decade in Review. *Journal of Marriage & Family*, 62, 4, 964-981.
- BRENNAN, K. A., CLARK, C. L. & SHAVER, P. R. (1998). Self-report measurement of adult attachment. En J. A. Simpson & R. W. Steven (Eds.), *Attachment: Theory and Close relationships* (pp. 46-75). Nueva York: The Guilford Press.
- COLLINS, N. L. & FEENEY, B. C. (2000). A Safe Haven: An Attachment Theory Perspective on Support Seeking and Caregiving in Intimate Relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 6, 1053-1073.
- COLLINS, N. L. & READ, S. J. (1990). Adult attachment, working models and relationship quality in dating couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 4, 467-479.
- CROWELL, J. A., TREBOUX, D. & WATERS, E. (2002). Stability of Attachment Representations: The Transition to Marriage. *Developmental Psychology*, 38, 4, 467-479.
- DICKSTEIN, S., SEIFER, R., ANDRADE, M. & SCHILLER, M. (2001). Marital Attachment Interview: Adult attachment assessment of marriage. *Journal of Social and Personal Relationships*, 18, 5, 651-672.
- FEENEY, J. A. & NOLLER, P. (1990). Attachment style as a predictor of adult romantic relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 281-291.
- FEENEY, J. A., NOLLER, P. & HANRAHAN, M. (1994). Assessing adult attachment. En M. B. Sperling & W. H. Berman (Eds.), *Attachment in adults: Clinical and developmental perspectives* (pp. 128-152). Nueva York: Guilford Press.
- FRALEY, R. (2002). Attachment Stability From Infancy to Adulthood: Meta-Analysis and Dynamic Modeling of Developmental Mechanisms. *Personality and Social Psychology Review*, 6, 2, 123-151.
- FRALEY, R. C. & SHAVER, P. R. (1998). Airport Separations: A Naturalistic Study of Adult Attachment Dynamics in Separating Couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 5, 1198-1212.
- FURMAN, W., SIMON, V. A., SHAFER, L. & BOUCHEY, H. A. (2002). Adolescents' Working Models and Styles for Relationships with Parents, Friends and Romantic Partners. *Child Development*, 73, 241-255.
- HAZAN, C. & SHAVER, P. R. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- HAZAN, C. & SHAVER, P. R. (1994). Attachment as an organizational framework for research on close relationships. *Psychological Inquiry*, 5, 1-22.
- KIRKPATRICK, L. A. & DAVIS, K. E. (1994). Attachment Style, Gender and Relationship Stability: A longitudinal Analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 3, 5002-512.
- KLONEN, E. C. & BERA, S. (1998). Behavioral and experimental patterns of avoidantly and securely attached women across adulthood: A 31-year longitudinal study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 211-223.
- KOBAK R. & HAZAN, C. (1991). Attachment in Marriage: Effects of Security and Accuracy of Working Models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60, 6, 861-869.
- LAMB, M. E. (1987). Predictive implications of individual differences in attachment. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 55, 817-824.
- LEVY, K. N., BLATT, S. J. & SHAVER, P. R. (1998). Attachment styles and parental representations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 407-419.
- LEWIS, M. (1997). *Altering fate: Why the past does not predict the future*. Nueva York: Guilford.
- LÓPEZ, F. (1999). El apego desde la adolescencia hasta la muerte. En F. López, I. Etchebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 67-94). Madrid: Pirámide.
- LÓPEZ, F. & CANTERO M. J. (1999). La intervención en la familia. En F. López, I. Etchebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 341-360). Madrid: Pirámide.
- LÓPEZ, F., ETCHEBARRIA I., FUENTES, M. J. & ORTIZ, M. J. (Eds.) (1999). *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- LÓPEZ, F., GÓMEZ, J. APODACA, P., DELGADO, M. & MARCOS, C. (1994). Historia familiar y de apego, estilo educativo, empatía y estilo de apego actual, como mediadores del grado de satisfacción en las relaciones generales, afectivas y sexuales de la pareja. *Cuadernos de Medicina Psicosomática*, 28/29, 19-34.
- MAIN, M. & SOLOMON, J. (1990). Procedures for identifying infants as -disorganized/disoriented during the Ainsworth Strange Situation. En M. T. Greenberg, D. Cicchetti & E. M. Cummings (Eds.), *Attachment in the preschool years: Theory, research and intervention* (pp. 121-160). Chicago: University of Chicago Press.
- MIKULINGER, M., GILLATH, O. & SHAVER, R. P. (2002). Activation of the Attachment System Adulthood: Threat-Related Primes Increase the Accessibility of Mental Representations of Attachment Figures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 4, 879-895.
- ORTIZ, M. J. & GÓMEZ, J. (1997). Estilo de apego y satisfacción afectivo sexual en la pareja. En J. Zapiain (Ed.), *Avances en Sexología* (pp. 63-98). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- SCHARFE, E. & BARTHOLOMEW, K. (1994). Reliability and stability of adult attachment patterns. *Personal Relationships*, 9, 51-64.
- SHAVER, P. R., BELSKY, J. & BRENNAN, K. A. (2000). Comparing measures of adult attachment. An examination of interview and self-report methods. *Personal Relationships*, 7, 25-43.
- SIMON, V., BOUCHEY, H. & FURMAN, W. (2000). The social construction of adolescents' representations of romantic relationships. En S. Laroes & G. M. Tarabulsy (Eds.), *Attachment and development. Vol. 2, Adolescence* (pp. 114-128). Quebec: Les Press de L'Université du Quebec, Steven W. S.
- SIMPSON, J. A. & RHOLES, W. S. (Eds.) (1998). *Attachment theory and close relationships*. Nueva York: Guilford.
- SIMPSON, J. & RHOLES, S. (2002). Attachment orientations, marriage, and the transition to parenthood. *Journal of Research in Personality*, 36, 622-628.

- SROUFE, L. A. (1996). *Emotional development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SROUFE, L. A. (1997). Psychopathology as an outcome of development. *Development and Psychopathology*, 9, 251-268.
- SROUFE, L. A., EGELAND, B. & KREUTZER, T. (1990). The fate of early experience following developmental change: Longitudinal approaches to individual adaptation in childhood. *Child Development*, 61, 1363-1373.
- THOMPSON, R. A. (1998). Early Sociopersonality Development. En W. Damon (Ed.), *Handbook of Child Psychology. Vol. III: social, Emotional and Personality Development* (pp. 25-104). Nueva York: John Wiley.
- WATERS, E., MERRICK, S., TREBOUX, D., CROWELL, J. & AALBERSHEIM, L. (2000). Attachment Security in Infancy and Early Adulthood: A Twenty- Year Longitudinal Study. *Child Development*, 71 (3), 684-689
- WATSON, D., HUBBARD, B. & WIESE, D. (2000). General traits of personality and affectivity as predictors of satisfaction in intimate relationships: Evidence from self and partner-rating. *Journal of Personality*, 68, 3, 413-449.
- WEISS, R. S. (1991). The Attachment bond in childhood and adulthood. En C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde & P. Marris (Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 66-76). Londres: Tavistock/Routledge.